

Archifósil

Carlos Alberto Navarro Fuentes*

Viento, silencio, tierra. Alacranes y serpientes de una testa sin dueña se alimentan por el suelo. No hay mirada que mirar ni rostro por encarar. Nada de Virgilio ni panteras, círculos sin centro en todos lados son recorridos en todos sentidos y direcciones en busca del Minotauro, en ausencia de Perseo y sin esperanza de Pegaso. Son los últimos días de los últimos tiempos y los primeros tiempos de los últimos días. Nadie cabeza abajo y menos de cuerpo completo taponea la parte más profunda de la fosa calcárea del subsuelo más cercano a la superficie. El Hades se vivifica, se lleva dentro: En la danza de la muerte todos bailan alrededor de la hoguera, música de fragmentos, la peste: los Corifeos, el pueblo.

Parecía ser una piedra, una concha con algún tipo de inscripción no identificada, un resto geológico calcáreo cualquiera propio de un túmulo ancestral acrónida empleado por muy diversos contingentes humanos a través de siglos y milenios. De esos que abundan *ad infinitum* en el planeta acompañando todo aquello que alguna vez estuvo bajo las aguas, vivo, mientras la vida humana en tierra no entraba en planes aún y todo marchaba sin tiempo ni duración entre los elementos esenciales.

El dios pagano abrasaba a plomo, ningún hosco heraldo se avizoraba a la redonda que tal vez quisiese con su corpórea presencia, hacer menos hirientes los rayos del astro rey, pero ella seguía caminando sin reparar en su estado de deshidratación. Se había acostumbrado. Tuareg de los terregales, de las tierras baldías y los parajes inhóspitos a las afueras de la ciudad. Hija del sol, de Sísifo y Ariel, del sonido de sus pasos que son seguidos de cerca por la muerte acechante, esperando el momento preciso para hurtar lo esencial incorpóreo. Buitres en las alturas con sus alas extendidas atestiguan las marcas que las huellas de

*** Posdoctor en Estudios Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana; Doctor en Humanidades por el Tecnológico de Monterrey; Doctor en Teoría Crítica por el 17, Instituto de Estudios Críticos; Profesor en la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.**

Los árboles se estremecen y aúllan al unísono para que el secreto no se revele mientras intercambian posiciones.

Antígona, con sus plantas deja sobre el suelo en su recorrer interminable, sin importar que la complicidad trágica del viento las levante y las deposite en los reinos del olvido, del nunca jamás y el siempre lo mismo.

Toda una vida de sacrificios, encuentros y desencuentros, violencias de todo tipo y por doquier. Sin embargo, siempre con la esperanza hercúlea de una vida futura mejor.

Cuadernos y lápices. Vestido. Pan, queso y jamón. El uniforme limpio y planchado siempre a la orden. Valía la pena. Lo mejor de la vida estaba en camino. Sonrisas cómplices y lágrimas furtivas dibujaban el pasar del tiempo en el hogar, yendo y viniendo entre los monólogos silenciosos elevados a los dioses sordos y la mundanidad del silencio hiriente, ese sentimiento osificado que a pesar del dolor calla para no distraer al oído medio del otro, también congénere. Ganarle al *sol invictus* en la pizca, en la maquila, en el trasiego diario atada a esposas y grilletes reales y simbólicos censores del habla y de la voz que muda y es portadora de las cicatrices y las heridas que esconden tras de sí lo que alguna vez fue un cuerpo.

Devastación moral y molicie espiritual. Desaparecer. Esfumarse. Extinguirse como la vela, sin dejar rastros de cera y haciéndose cómplice de la atroz oscuridad. Viento helado. El sonido de los huesos descoyuntados. Almas en pena buscando cuerpos sin alma. El ciclo se encuentra alterado por la sobredosis del caos que generan, la impunidad y la insaciabilidad de poder y riquezas.

Los tambores suenan en la niebla. El cerro a lo lejos cruje. Los árboles se estremecen y aúllan al unísono para que el secreto no se revele mientras intercambian posiciones. Las veterotestamentarias raíces bajo la superficie se entrelazan, se asoman y se afilan sus garras. La tierra llora y las aguas se desbordan tiñéndose de rojo. Es el momento de exponer, de sacar a flote lo que no pertenece al dios subterráneo, al dios mineral.

Cavar, cavar, cavar... hasta hallar al tesoro vivo que se niega a desaparecer sin antes morir... y seguir cavando, buscar sin buscar. Enterrarse en lo enterrado de la tierra, tierra. Valía la pena, porque la pena lo vale. Lo vale todo, sin importar nada.

Coraje. Coraje de saber que no habrá ya oportunidad de revancha, de venganza, de intercambio recíproco, de jugar una partida más con la muerte vestidas de negro y dispuestas a aceptar el destino que corresponda. Coraje

de madre, que sabe, que conoce que en el buscar se va el último aliento de lo que se fue sin haberse ido. Que no conoció nunca el mal hasta que furtiva y subrepticamente, este le asaltó en el camino que transita toda mujer pobre, más por pobre que por mujer. Nunca le causó daño a nadie. Jamás estuvo en el predio de Job ni en el ejido miltoniano, antes de ahogarse de Mal.

Sus lamentos se pierden en medio del coro de las otras cariátides que con sus dolores sostienen al mundo. Su existencia queda sellada cual Perséfone entre dos mundos: el de los vivos y el de los muertos, el de los que juegan a ser dioses y los que nacen corderos para el altar sacrificial; entre los incestuosos, facinerosos y adúlteros de allá y de aquí. El mundo como representación, el dios a imagen y semejanza de lo más entrañable y esencialmente distintivo de lo humano.

De carne y hueso, sí, mujer y madre, hija también alguna vez. Fiel compañera e innegable gemela del silencio que produce el ronquido de los dioses celestes siempre ausentes, mientras las venas sigilosas se vacían en presencia de la ley estática creóntida. El Ángel mirando hacia abajo se aterroriza, se lamenta, no puede creer lo que ve. La Bestia de mil cabezas. Pero, ¿qué importa? Sólo lodo, barro y sangre entre los hombres, los cuales, tal aves de rapiña se disponen en torno a los restos fatuos de la fiesta de la carne, la putrefacción, la corrupción y el despojo de donde el Fénix habrá de emerger para huir y no volver jamás.

Ya sólo buscar importa, buscar y buscar. El sin-sentido de buscar la vida entre los muertos.